

José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
Ciclo A (2013-2014)

Desclée De Brouwer

ÍNDICE

Presentación	5
Adviento	8
Navidad	52
Comienzo del tiempo ordinario	89
Cuaresma	197
Semana Santa	270
Pascua	287

PRESENTACIÓN

Como es sabido, los cuatro evangelios no son cuatro breves biografías de Jesús de Nazaret. Ni los autores de estos cuatro relatos pretendieron escribir cada cual su propia “vida de Jesús”. Téngase en cuenta que, entre los cuatro evangelistas, se detectan enseguida notables contradicciones. Lo cual, como es lógico, hace imposible la historicidad estricta de los cuatro. Además, si nos limitamos al punto de vista puramente histórico, enseguida se comprende que los evangelios constituyen un género literario nuevo. En ellos, todo se centra en una única persona, Jesús el Nazareno: cómo vivía y lo que enseñaba, el gran conflicto que esta forma de vivir y de hablar provocó y, finalmente, el desenlace fatal del rechazo que sufrió por parte de las autoridades religiosas que acabaron condenándolo a muerte y ejecutándolo como un delincuente subversivo.

Los evangelios no nos ofrecen una *biografía*, sino un *mensaje religioso*. En una biografía, lo que interesa es su “valor histórico”. En un mensaje religioso, lo que importa es la capacidad que tiene ese mensaje para producir “convicciones” capaces de orientar nuestra forma de vivir de acuerdo con la religiosidad que allí se enseña. Por eso, en los evangelios, lo que interesa no es saber si Jesús curó a tal enfermo o calmó una tempestad. Lo importante es saber descifrar qué nos dice cada relato para producir las “convicciones” que dirijan nuestra vida lo mejor posible.

Si leemos la vida de Napoleón, lo que importa es saber si lo que allí se relata ocurrió tal como el libro lo cuenta. Si, en vez de eso, leemos los

evangelios, lo que interesa no es saber si Lázaro estaba muerto y Jesús le devolvió la vida, sino enterarnos de lo que significa, para nuestra vida, la conducta de Jesús, que no pudo soportar la ausencia de Lázaro, y se portó de forma que la consecuencia de aquel hecho es que las autoridades del Sanedrín tomaron la decisión de matar a Jesús. Así, en efecto, termina el capítulo del evangelio de Juan que relata lo de Lázaro. Resucitar a un difunto, es un *hecho portentoso*. Hacer eso de forma que a uno le cuesta la vida, es un *hecho ejemplar*. Este libro pretende llevar a pensar, no en la “veracidad” de la vida de Jesús, sino en su “ejemplaridad”. Lo que importa no es saber lo que hizo Jesús, sino vivir como vivió Jesús.

Por eso, para concluir esta breve presentación, podrá ayudar al lector tener en cuenta esta advertencia. Se ha escrito, al hacer la recensión del Ciclo C (2012-2013): “sabida es la postura adversa a todo sistema religioso que sostiene Castillo, y bien estará que el avisado lector soslaye cuanto, más allá de un saludable espíritu crítico, se torne crítica enconada”. Esto es lo que firma, con las iniciales *CGM*, el autor de la mencionada recensión del *Comentario al Evangelio diario* que publiqué el año pasado. Con el más sincero respeto al autor del texto que acabo de mencionar, debo advertir que, en las cinco ediciones de *La Religión de Jesús*, que he publicado hasta ahora, he insistido repetidamente que Jesús fue un hombre “*profundamente religioso*”. Y prueba de esa religiosidad fue su frecuente vida de oración, su intimidad personal con el Padre del Cielo, el recurso constante al Padre como ejemplo de vida, etc. Esto supuesto, ¿se puede afirmar tranquilamente que Castillo mantiene una “postura adversa a todo sistema religioso”? ¿Se puede prevenir al lector ante el posible peligro de una “crítica enconada”?

Si digo estas cosas, no es porque yo pretenda desautorizar a *CGM* en los fallos (que los tiene) de mi sencillo comentario al evangelio de cada día. Lo que quiero dejar muy claro, desde el primer momento, es que todo “sistema religioso” consiste en un conjunto de *mediaciones* (creencias, dogmas, normas, rituales, autoridades sagradas...) que sirven a los creyentes para relacionarse con Dios. Pero, como bien sabemos, tales *mediaciones*, no solo son diversas en las distintas religiones, sino que incluso llegan a ser contradictorias e incompatibles las unas con las otras. Lo que

da origen a la violencia de las religiones, uno de los fenómenos más crueles que se han producido en la historia de la humanidad. Pero no solo eso. Además de la violencia, lo que ocurre con frecuencia es que las *mediaciones religiosas* dejan de ser *medios* para relacionarse con Dios, y se convierten (sin que los creyentes se den cuenta de ello) en *fin*es. De manera que, como sabemos, hay gente religiosa, que cumple minuciosamente las observancias propias de la religión, pero hace compatibles sus observancias con las más variadas formas de corrupción ética. Eso es lo que ocurría en el judaísmo del tiempo de Jesús. Y por eso, ni más ni menos, fue el propio Jesús quien optó por una “*religión alternativa*”, centrada, no en las observancias religiosas tradicionales, sino en defender y potenciar nuestra propia humanidad, es decir, la bondad, la transparencia y la servicialidad incansable hacia quienes más lo necesitan.

De ahí que la pregunta decisiva, que brota de la atenta meditación de estos comentarios a los evangelios no es: **¿En qué cree Vd?**, sino más bien, **¿Cómo vive Vd?** He aquí la pregunta a la que nos enfrenta este libro.

Mt 24, 37-44

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Hijo del Hombre pasará como en tiempo de Noé. Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del Hombre: Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán. Por tanto estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre”.

1. La enseñanza central de este evangelio está en el versículo 42, donde Jesús les ordena a sus seguidores: “*estad en vela*”. Esta orden se expresa en el texto griego mediante el imperativo del verbo *grêgorêo*, que significa literalmente: “estad despiertos”. Es decir, no os dejéis dominar por el sueño. Exactamente lo mismo (y con la misma palabra) que Jesús les dijo a los discípulos en el monte de los Olivos, cuando él se debatía, entre miedos y angustias, ante la amenaza de una muerte inminente (Mt 26, 38. 40. 41; Mc 14, 34. 37. 38). El mismo significado tiene este verbo en Lc 12, 37.
2. El que se duerme, se ausenta y se desentiende de lo que les ocurre a los demás. El que duerme, descansa. Aunque los demás se sientan agotados, amenazados, asustados, necesitados... Esto es lo que hicieron los discípulos en Getsemaní, en la agonía de Jesús, ante la inminencia de la pasión y la muerte.
3. Este evangelio se adultera y se pervierte, cuando se interpreta como un llamamiento para estar preparados ante nuestra propia muerte. Lo que a Jesús le preocupa no es que estemos preparados para no ser juzgados y condenados por Dios. Eso sería puro egoísmo. Egoísmo “espiritual”, pero, a fin de cuentas, “egoísmo refinado”. No. Jesús no enseña eso. Lo

que Jesús nos dice es que no nos durmamos, es decir, que no nos desentendamos ante tantas personas que se ven amenazadas, que sienten en sus carnes la cercanía del dolor, la injusticia y la muerte. Esta constante atención al sufrimiento ajeno es lo que importa de verdad en la vida. ¿A quién se le ocurre pensar que la venida de Jesús se puede comparar con la venida de un ladrón? Jesús nunca viene a robar. Jesús viene a abrazar y acoger a todos los perdidos y extraviados. Como el Buen Pastor o el Padre del hijo perdido (Lc 15, 4-6; 11-32). El Evangelio nunca es *amenaza*. Jesús siempre es *acogida*, hagas lo que hagas.

Mt 8, 5-11

En aquel tiempo al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes: y le digo a uno ‘ve’, y va; al otro, ‘ven’ y viene; a mi criado ‘haz esto’ y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos”.

1. Las religiones son *excluyentes*. Por eso las religiones dividen, separan, alejan, enfrentan a las personas, a los pueblos, a las culturas. De ahí que la historia de las religiones es una historia de violencias, condenas, torturas y guerras. Es verdad que, con frecuencia, la violencia religiosa se une, y hasta se identifica, con la violencia política, nacionalista, económica, etc. Pero es cierto que siempre, y también ahora, los sentimientos religiosos no ayudan para unir a las personas, sino para separarlas y hasta enfrentarlas.

2. La religión es causa de violencia porque se basa en la experiencia de “lo Absoluto”. Pero “lo Absoluto” es verdaderamente tal, si es “único” y no admite “rivales”. Además, “lo Absoluto” es “lo Sagrado”, que exige la absoluta *sumisión*. Y que, para colmo, provoca el sentimiento del “tabú”, que es la *prohibición* absoluta de determinados actos, costumbres, prácticas... Por todo esto, las religiones le complican la vida tanto a muchas personas, provocando sentimientos de culpa, divisiones, resentimientos, venganzas..., que (a veces) se justifican (nada menos que) como voluntad de Dios.

3. Hay otra manera de entender y vivir la religión. No como “sumisión” (al Absoluto) y como “prohibición” (del Tabú), sino como *bondad* y “*solidaridad*” ante el sufrimiento o la felicidad de los seres humanos. Así, “lo

sagrado”: de las *cosas* pasa a las *personas*. Esto es lo que queda patente en el relato del centurión, el comandante romano de una centuria de militares de los que tenían que estar, en tiempo de Herodes, en la ciudad fronteriza de Cafarnaún (U. Luz). Lo que se destaca, en este militar, no es su sometimiento al Emperador, sino su bondad ante el sufrimiento de un criado. Por eso Jesús dijo que la fe de este comandante pagano era la fe más grande que jamás había visto. Jesús le dio el cambio a la fe: la desplazó del Templo al Ser Humano.

Lc 10, 21-24

En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

1. Sean cuales sean las precisiones y matices, que hay que poner a las palabras “*sabios*” y “*entendidos*”, una cosa es cierta: con esas palabras, Jesús se refiere a los que tienen conocimientos, títulos y poderes, de forma que ellos son los que organizan el mundo, los que deciden y mandan, los que manejan el poder que se impone en este mundo. Por el contrario, la “*gente sencilla*” es la que no manda ni decide, sino que (por su ignorancia y su carencia de cualidades y poderes) no tienen más remedio que vivir sometidos a los importantes.

2. Pues bien, por más desconcertante que pueda parecer, el hecho es que, a juicio de Jesús, en el complicado asunto de Dios, los entendidos, importantes y poderosos son los que no tienen ni idea de lo que traen entre manos. Mientras que, por el contrario, los ignorantes e insignificantes son los que están capacitados para conocer a Dios. Y, por tanto, ellos tendrían que ser quienes nos explicaran a los que hemos hecho estudios y tenemos títulos, cómo es Dios y (sobre todo) lo que quiere Dios.

3. Así las cosas, la Iglesia tendría que organizarse completamente al revés de como está organizada. ¿Qué pinta la gente sencilla en la Iglesia? ¿Quién piensa, decide y organiza lo que se tiene que hacer? Es evidente que quienes, a juicio de Jesús, no tienen ni idea de Dios, esos son los que disponen, organizan, deciden y tienen la sartén por el mango. En tanto que los que, según el criterio de Jesús, conocen a Dios, esos son los que

en la Iglesia no significan nada. Por esto es por lo que la Iglesia no tiene arreglo y anda tan desorientada en tantas cosas. ¿Qué es lo importante para la gente sencilla? Eso es lo que tendría que ser importante para la Iglesia. Pero, por desgracia, la Iglesia está organizada al revés de como la pensó Jesús. La cosa está clara: mientras la gente sencilla no tome la palabra en la Iglesia, esta Iglesia no tiene arreglo.